

P. ATANASIO LÓPEZ O. F. M.

**LOS FALSOS CRONICONES
EN LA HISTORIA DE GALICIA**

SANTIAGO: TIP. DE «EL ECO FRANCISCANO»

1923

JT - F 1059

T. 1256772

C. 72670706

Los falsos cronicones en la Historia de Galicia

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL
PRIMER CONGRESO DE ESTUDIOS GALLEGOS

POR EL

P. Atanasio López O. F. M.

Extracto de **EL ECO FRANCISCANO**

Santiago: Tip. de «El Eco Franciscano»

1923



Los países cronológicos
en la historia de Galicia

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL
PRIMER CONGRESO DE ESTUDIOS GALLEGOS

por el

P. Atanasio López O. F. M.

Estudio de EL ECO FRANCISCANO

Publicado por el Centro Franciscano

1923



2. 159247

PREÁMBULO

Invitado por mis buenos amigos a tomar parte en este primer Congreso de Estudios Gallegos, gustoso he respondido a su llamamiento para manifestar mi sincero amor hacia Galicia, que si no ha recogido los primeros suspiros de mi existencia, ella me ha dado pruebas de inefables cariños, durante largos años, y yo he querido corresponder de algún modo, consagrando todos mis afanes al estudio de sus glorias. Yo no me presento aquí con pretensiones de deciros cosas que vosotros ignoréis; yo no vengo en busca de aplausos, sino a recibir alientos para seguir trabajando en el campo de la historia de Galicia.

Más grato sería para mí plegar los labios con el sello del más profundo silencio, escuchando las lecciones de experimentados maestros, que levantar mi voz en medio de esta docta asamblea. Pero ya que lo primero no puede ser, aquí me tenéis dispuesto a desarrollar un tema crítico-histórico, muy superior a mis pobres conocimientos, y de importancia suma para el progreso de los estudios históricos en nuestra amada región.

LA VERDAD HISTÓRICA

«El pensar bien consiste, o en conocer la verdad, o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad; de otra suerte caemos en error».

Así comienza su admirable *Criterio* nuestro insigne filósofo Balmes. Estos principios que deben tenerse en cuenta en toda elucubración filosófica y racional, son también aplicables a los estudios históricos. La filosofía y la historia andan en amigable consorcio, y nadie puede ser fiel y verdadero historiador sin que al propio tiempo sea filósofo, es decir, sin que demuestre que los hechos que relata, corresponden a la verdad. Las relaciones históricas pueden estar revestidas de mayor o menor elegancia literaria, pero si les falta el elemento filosófico y racional, no llevan la convicción a un entendimiento bien dirigido. Hay historias que no son sino leyendas, fábulas o romances: entretienen y deleitan, pero no convencen.

En este escollo tropiezan con alguna frecuencia los historiadores que, como dice nuestro Feijóo, en vez de tomar la pluma hacia la cumbre del Olimpo, tuercen el vuelo hacia la del Parnaso. Lo más arduo del historiador está en acertar con lo que más importa, esto es, con la verdad. Si no aciertan con la verdad, por sutiles e ingeniosos que sean sus discursos, no servirán sino de tropiezo y escándalo a los que lean sus obras. «Los historiadores mentirosos hacen que otros, sin serlo, refieran muchas fábulas (1)».

(1) FEIJÓO, *Teatro crítico*, t. IV, Disc. 7.º n. 22.

Por esto los que se dedican a escribir la historia, han de poner la mayor diligencia en presentar los hechos adornados con tales pruebas y documentos que lleven el convencimiento a sus lectores.

Las inteligencias bien desarrolladas no se contentan con una historia destituida de pruebas. En ellas debe fijar principalmente su atención el historiador moderno, pues hoy en historia a nadie se cree sino demuestra lo que dice. «Toda obra histórica, escribe el Sr. Martínez Teijeiro (1), así general como particular, tiene que basarse necesariamente en las fuentes que el historiador pueda acumular, no sólo para que brille con todo su esplendor la verdad de los hechos, si que también para ilustrarlos y dar a conocer el caudal de erudición y el esfuerzo hecho para cimentar aquella verdad, sin la cual no tiene razón de ser una obra de este género literario».

Dificultades de la historia.

Este camino, tortuoso y difícil, es el que hoy se sigue en los centros más cultos de Europa con respecto a las investigaciones históricas; el que debemos nosotros emprender, si queremos que se preste atención a nuestras cosas en el mundo científico. Mas, por desgracia, en el campo de nuestra historia nos encontramos aún con un dogmatismo de profundas raíces, que difícilmente llegaremos a extirpar, porque la inmensa mayoría de nuestros estudiosos aprecia más las obras histórico-literarias, que aquellas en que brilla la antorcha de una severa crítica. Tenemos que derrocar vergonzosos ídolos que se elevan sobre fascinadores pedestales, y aunque el trabajo sea arduo y

(1) *Historiadores gallegos*, I. P. M. Fray Felipe de la Gándara. Buenos Aires, 1902, pág. 13.

enojoso, el honor de España y en especial el honor de Galicia, lo reclaman. Nuestra historia es brillantísima y es lástima que por ahorrar sacrificios, no la exponamos de suerte que se la estime en su justo valor.

Llegado es ya el momento de pensar seriamente en una orientación, sobre los estudios históricos de Galicia, acomodada a los adelantos y exigencias de la crítica moderna. Todos en general estamos animados del mejor deseo, pero desgraciadamente son muy contados los que entre nosotros entienden, como es debido, los elevados problemas de la historia, resultando de aquí que nuestros trabajos no son lo fructuosos que fuera de desear. Vivimos entregados a un autodidactismo, que malogra y desgasta, sin gran provecho, ingenios privilegiados, los cuales bajo una dirección acertada realizarían empresas muy gloriosas.

El historiador debe tener en cuenta todo cuanto se publica; por eso los estudios bibliográficos ofrecen grandísimo interés para conocer el estado de las cuestiones que se propone dilucidar, con lo cual evitará repeticiones inútiles, empleando el tiempo en asuntos que ofrezcan alguna novedad. Escribir lo que está ya bien sabido; machacar siempre sobre los mismos temas sin aportar nuevos documentos, no deja de ser una vulgaridad. Conocer el valor de las fuentes y estar bien penetrado de su importancia, de lo bueno o malo que existe en las obras publicadas, es necesario a todo historiador que aspire a realizar trabajos que le den fama en el orbe científico.

En Galicia necesitamos un tratado de metodología crítico-histórica que oriente a nuestros estudiosos en el conocimiento de los problemas pertenecientes a la región.

Las fuentes históricas

El historiador ha de esmerarse en exponer los hechos de suerte que respondan a la verdad, sin mistificarlos ni desfigurarlos. Es necesario, pues, que se acostumbre a ir a las fuentes que ha de estudiar, no a la ligera sino a fondo y acometiendo de frente todos los problemas que presentan. Al valerse de obras de segunda mano, es preciso examinar diligentemente las fuentes en que han bebido sus autores, pues como acontece con la mayor parte de las historias de Galicia, escritas desde el siglo XVII, sus noticias proceden no de fuentes puras y potables sino de ciénagas y pantanos de aguas corrompidas.

El estudio de las fuentes históricas encierra dificultades asombrosas. La fuente no es el fin del historiador sino el medio que le transmite los hechos. En sentido lato por fuentes científicas se entiende los lugares donde se encuentra en su origen el material para los trabajos científicos y los medios para hallarlo más fácilmente. A veces llegamos a conocer la fuente en su verdadero origen, a veces viene a nuestro conocimiento por derivación. Cuant más se desvía de su principio, más peligro hay de que pierda su pureza, arrastrando entre sus aguas elementos extraños; por eso el historiador, al encontrarse en frente de un hecho acaecido muchos siglos antes, debe lanzarse río arriba, examinando serena e imparcialmente los relatos que a su paso se presentan, hasta llegar a su origen. Para recorrer este penosísimo viaje, en el cual tropezará el crítico con dificultades aterradoras, debe estar armado de muchos conocimientos sobre todo bibliográficos. Al dar con la fuente primitiva hallará en ocasiones que es producto de un atrevido falsario, o de un exaltado adulator que ha procu-

rado agrandar los hechos del héroe cuyas acciones relata.

Las falsificaciones e interpolaciones

No es cosa fácil alcanzar el conocimiento de la *autenticidad* de las fuentes. Opónense a la autenticidad de todo en todo las falsificaciones, y en parte las interpolaciones y errores. Las falsificaciones no son patrimonio exclusivo del siglo XVII, época fatal de las invenciones del P. Román de la Higuera y compañía; han sido cosa de todos los tiempos, pues en todos ellos, más o menos, ha tenido su imperio el interés, el orgullo, el odio, la envidia, la pasión política, un falso patriotismo.

¡Cuidado, pues, con las falsificaciones!

En la Edad Media encontramos en Galicia numerosos documentos civiles y eclesiásticos evidentemente falsificados. La ficción no se descubre tan fácilmente, porque es necesario conocer bien el estilo e idioma de las diversas épocas, las fórmulas cancillerescas, los rasgos paleográficos que ofrece el manuscrito, y otras cualidades externas del mismo, de mucha importancia para señalar su origen y procedencia. No es científico lo que por desgracia encontramos frecuentemente repetido en historiadores modernos, por ejemplo, esta frase: *como dice un manuscrito*, sin manifestarnos qué clase de manuscrito es; qué motivos de credibilidad encierra, etc. etc.

Al recurrir, pues, a una fuente lo primero que hay que atender es a que no esté falsificada.

Resulta a veces que en los estudios de investigación llegamos a posesionarnos de una fuente histórica que sin estar falsificada, ofrece interpolaciones. Han intervenido en su confección dos o más autores, alguno de ellos, muy distante de los sucesos que se refieren.

El crítico en este caso tiene que separar cuidadosamente la redacción primitiva de las adiciones posteriores, examinando, si puede alcanzarlo, el motivo porque estas se introdujeron. Sobre un suceso mismo existen con frecuencia numerosas fuentes coevas, las cuales difieren en algunos detalles. Para formarse un concepto cabal del mismo hay que examinarlas todas, aun en sus más ligeros pormenores.

Pureza de las fuentes históricas

En presencia de una fuente primitiva, debemos enterarnos de quién la escribió; con qué motivo; qué relaciones existían entre el autor y el biografiado, pues el conocimiento de todo esto contribuirá a que se le dé más o menos valor. La *Historia Compostelana*, por ejemplo, escrita en los comienzos del siglo XII es una fuente de primer orden para estudiar los sucesos acaecidos durante el pontificado de don Diego Gelmírez, pero sus autores se excedieron demasiado en las alabanzas al gran Arzobispo que les había favorecido con su poderosa influencia, y no era prudente en ellos ocuparse de los defectos que pudiera haber tenido. En la *Compostelana*, Gelmírez aparece siempre grande, todo en él son virtudes, rasgos de heroísmo y magnanimidad. Yo creo que el carácter moral del primer Arzobispo de Compostela no se nos presenta con toda su realidad en la *Historia Compostelana*.

Los documentos curiales, sean civiles o eclesiásticos, muchas veces no responden a la verdad cuando tratan de las virtudes morales de la persona a quien hacen referencia. En las Bulas Pontificias, por ejemplo, sobre elección de Obispos, se expresa que el Electo es elevado a la dignidad por su ciencia, virtudes y dotes de gobierno, cuando consta por testimonios fidedignos que nada de esto poseía, ha-

biendo alcanzado la mitra quizá por manejos simoníacos. Los encomios y alabanzas de los documentos oficiales son puras fórmulas que nada significan; sin embargo, dichos documentos tienen gran valor en otro sentido.

Es frecuente encontrar documentos coevos enteramente opuestos. Un suceso narrado por dos testigos se nos presenta muy variado. El historiador al encontrarse frente a testimonios contradictorios, tiene que aplicar cuidadosamente el escalpelo de la crítica, antes de pronunciar una sentencia definitiva. Sobre la traslación de la cabeza de Santiago el Menor a la Catedral Compostelana existen dos relaciones escritas en la misma época, en las cuales aparecen cosas muy difíciles de compaginar entre sí. Lo que haya de verdad en ellas, aun no se ha estudiado suficientemente.

Estos y otros problemas, en cuya exposición no me detengo, deben ser conocidos por los modernos historiadores. Por no atenerse a estos principios de crítica, las historias de Galicia con que hoy contamos, adolecen de muchos defectos, y no es prudente ofrecerlas como norma y modelo que pueda imitarse.

Historia de Galicia

Hace ya algunos siglos que, con actividad más o menos intensa, se viene trabajando en el anchuroso campo de la historia gallega, remontándose los principales estudios publicados acerca de la materia al siglo XVI. El historiador moderno no debe desconocer el valor que encierran estos trabajos a fin de emprender nuevas y más provechosas investigaciones. Someterse a ellos en absoluto, puede perjudicarle en gran manera; prescindir de ellos y comenzar su labor, como si nada existiese, es una temeraria presunción que le expondría a malgastar lastimosamente el tiempo.

Poseemos en Galicia, como fruto del desvelo y aplicación de nuestros antepasados, muchas obras históricas de carácter general y no pocas monografías particulares. Este patrimonio no ha de ser despreciado. A la historia general de Galicia se consagraron con laudable actividad Molina, Huerta, Gándara, Vicetto, Murguía y otros, en cuyos estudios brillan con esplendor las heroicas acciones de nuestros antepasados en la sucesión de los siglos. Estas obras no están exentas de errores, ni deben tomarse siempre sus aseveraciones como dogmas indiscutibles. Saber lo que encierran digno de aceptación es convenientísimo para no dar tropiezos lamentables. No recomendaré yo sin embargo a nadie que, para darse cuenta de la historia de Galicia, recurra a las crónicas impresas antes del siglo XIX, pues aunque contienen éstas preciosidades sin cuento, su lectura puede perjudicar mucho a los principiantes, que se exponen a adquirir ideas muy desacertadas, a formarse un criterio histórico que la ciencia moderna maldice y reprueba por los daños que causa a la verdad.

En el siglo XVII surgió en España una pléyade de falsarios que inventaron crónicas a los cuales rindieron pleitesía nuestros más insignes historiadores. El naufragio fué casi universal, siendo contadísimos los que lograron evadirse de la catástrofe, cuyas consecuencias aun hoy se están sintiendo. Las hermosas páginas de la historia eclesiástica, y también de la profana, quedaron vergonzosamente manchadas con los detestables engendros de los jesuitas, Vázquez, Higuera y Torralba, a quienes opuso heroica resistencia el célebre D. Juan Bautista Pérez, que se atrevió a decir paladinamente al P. Román de la Higuera, que los crónicas eran una ficción, con lo cual quedaron las obras de Dextro, Máximo y Eutrando maltrechas y desautorizadas, su-

miéndose por un corto tiempo en completa oscuridad.

Al propio tiempo que Román de la Higuera inventaba los cronicones, en un extremo de nuestra Península, aparecieron otros falsarios, que presentaron varios libros plúmbeos encontrados en la torre Turpiana de Granada, en los cuales se referían varios sucesos referentes a la predicación del Apóstol Santiago en España. Los libros plumbeos de Granada tuvieron ruda oposición de la cual salieron relativamente bien parados, considerando lo cual el insigne falsificador Román de la Higuera, que había fracasado en su primitivo *Marco Dextro*, dedicóse a reconstruir un nuevo *Dextro* y *Máximo*, por cuyas páginas, en pos del apóstol Evangelizador de las Españas, fluyen los nombres de innumerables Santos de los primeros siglos de la Iglesia, de quienes, desconociéndose la patria o el lugar del martirio, el audaz falsificador trájolos a nacer o padecer en España. Apenas hay una población española a quien la *Omnimoda historia* de Dextro no conceda el honor de haber tenido gloriosos confesores o mártires invictos. Como continuador de la obra de Dextro, Román de la Higuera fingió a un Máximo que nos ofrece nuevos hechos sobre el apóstol Santiago, series desconocidas de obispos españoles, nombres de Santos y de Mártires. Estos falsos cronicones fueron saludados con entusiasmo en todos los ámbitos de nuestra patria, y por muchos siglos estuvieron considerados como la fuente más pura de la historia eclesiástica española.

Huerta combate los cronicones

Sin embargo, no faltaron historiadores de recto criterio que miraron con desprecio los cronicones de Dextro y Máximo, siendo uno

de ellos el Dr. D. Francisco Javier Manuel de la Huerta y Vega, autor de los *Anales de el Reyno de Galicia*. En el prólogo del tomo primero dice al lector: «Varios cronicones despreciamos por constar son moderna invención, y haber ya conspirado el orbe de los sabios a su desestimación. Estos son principalmente los que en el siglo pasado tumultuaron las plumas más eruditas, de cuya campal batalla resultó declararse la victoria por los que negaban ser verdadero el antiguo origen que los otros señalaban; y por más que algunas modernas quisieron resucitar la duda, no han merecido la contestación en causa decidida.

Son de este número Flavio Lucio Dextro, de Barcelona; Marco Máximo, de Zaragoza; Luitprando, de Italia; Juliano, de Toledo, Hauberto, de Sevilla, y Liberato, de Gerona. A este número debe añadirse D. Servando de Orense, que con este nombre quiso el sufascinador de sus noticias encubrir sus fábulas.»

Huerta acude a los cronicones

Con estos hermosos principios era natural esperar de Huerta cosas mejores de las que hizo. El que tan francamente reniega de los falsos cronicones, y que en repetidos pasajes de sus *Anales* abomina y detesta sus fabulosos relatos, admite y defiende casi todo lo que en ellos se encuentra, cohonestando sus opiniones con el testimonio de otros autores, dignos de tanta fe como las historias de Dextro y de Máximo.

Los *Anales* de Huerta, en lo referente a la historia eclesiástica de España, en los primeros siglos, vienen a resultar una cosa muy parecida a los comentarios de Fr. Francisco de Bivar, con la diferencia de que éste reconoce la autenticidad de los falsos cronicones, y

Huerta, negándola, admite por cualquier conducto sus fabulosas narraciones.

Huerta da como auténticos a los nueve discípulos del apóstol Santiago, pero los considera como hijos de Galicia, a diferencia del cronicón de Dextro que los hace venir de Jerusalén. Niega que San Atanasio haya sido Obispo de Zaragoza, pero en cambio cree que fué el primero que se sentó en la Sede de Iria; a San Capitón, asigna el obispado de Lugo, y el de Orense a San Arcadio, a diferencia del cronicón de Dextro que hace a este último Obispo de *Juliobriga*. No duda sobre la predicación de San Pedro en España, lo mismo que sobre la de San Pablo en Galicia, cuyas correrías apostólicas refiere con minuciosos detalles como si él lo hubiese presenciado todo. De San Pedro de Rates, Obispo de Braga, dice Huerta que «son cortas las noticias que han quedado por haberlas confundido el fabricante de los pseudos Dextro, Juliano y Liberato», pero urgando aquí y acullá, viene a darnos casi las mismas noticias que se consignan en los cronicones, y lo propio resulta con la historia de los mártires y santos, a quienes señala como teatro de sus heroicas proezas el reino de Galicia.

Un cotejo paralelístico de los *Anales* de Huerta y de los cronicones de Dextro y Máximo nos ofrecería confirmadas por aquél casi todas las noticias referentes a Galicia que contienen éstos, con variantes de escasa importancia; solo que nuestro historiador las expone con una erudición abrumadora que las más de las veces ofusca y no logra convencer. El P. Román de la Higuera había tenido la astucia de no poner noticias en sus cronicones que no estuviesen en otros historiadores; su pecado principal consistía en escudarse con la autoridad de Dextro y Máximo, cronistas de remoto abolengo, que fingió en su fantasía.

Huerta, pues, a pesar de declararse enemigo de los falsos cronicones, no pierde ocasión de recurrir a ellos, procurando confirmar sus noticias con el testimonio de historiadores de autoridad sospechosa. No negaré yo que en sus *Anales*, con respecto a la historia eclesiástica de los primeros siglos, haya algo aprovechable, pero para descubrir esto, se precisa un criterio muy fino, así que no es prudente recomendar su lectura a los que aun no están habituados a mirar de frente los problemas crítico-históricos. Las autoridades que cita en confirmación de los hechos que relata, exigen un estudio particular, en el cual deben pensar seriamente los amantes de las glorias gallegas.

Gándara y los cronicones

El insigne Gándara entrégase maniatado a la autoridad de los falsos cronicones. He aquí como se expresa con respecto a la historia de Dextro: «Estuvo algunos siglos esta omnimoda historia oculta, no perdida, de que se lamenta alguna vez el cardenal Baronio: débesele su restauración y la debemos todos el habérsenos comunicado en estos tiempos al Padre Gerónimo Román de la Higuera, de la Compañía, por haberla hallado en la librería del Monasterio Fuldense en Alemania, a donde fué llevado este libro desde el Monasterio de la Sisle de Toledo, de la Orden de Hermitaños de San Agustín, por ciertos monges que se retiraron a aquellas tierras en el tiempo de la invasión de los moros en España, y el primero que aora gozó del fue el arzobispo de Braga Fr. Agustín de Castro, de la misma Orden Agustiniiana; y en apoyo desta misma obra y para autorizarla más, hizo grandes diligencias, siendo embaxador por España a la Majestad Cesárea el Excelentissimo D. Balta-

sar de Zuñiga, hermano del Conde de Monterey, para desterrar toda sospecha, con que quedó seguramente acreditada, y sin escrúpulos examinada en la piedra del toque. Fué impressa la primera vez en Granada, año 1619, por el P. Fray Juan Calderón, de la Orden de San Francisco. Segunda vez en Sevilla, por el muy erudito Rodrigo Caro, con anotaciones suyas bien doctas. Tercera vez con comentarios clarísimos y muy copiosos por el Padre M. Fr. Francisco de Vivar, de la Orden del Císter, en León de Francia, año de 1626, defendida por el muy elegante y noticioso don Tomás de Vargas y Tamayo, Coronista de su Magestad y mayor de las Indias, con aprobación de los más y mejores escritores de estos tiempos, como se pueden ver en el libro intitulado *Defensa de Dextro* y las que trae el Padre Vivar en los elogios suyos de autores antiguos y modernos. Ultimamente le sigue en todo y por todo nuestro grande amigo el doctísimo varón D. Juan de Tamayo Salazar, en los seis tomos que nos dió de el Martirologio de los Santos de España, obra grande y de rara comprehensión de letras eclesiásticas y humanas y en otros libros suyos y que aunque se alaben mucho, mucho más quedará por dezir dellas, y su autor podremos dezir del que fué el Baronio Español.» (1).

Este largo párrafo demuestra bien los arresos de erudición con que estaba preparado el cronista de Galicia para escribir su historia, en la cual vació las inmundas aguas del cronicón de Dextro y de sus panegiristas. El señor Teijeiro Martínez (2) pone grande empeño en disculpar al P. Gándara, atribuyendo sus des-

(1) GÁNDARA, *Palmas y triunfos eclesiásticos de Galicia*, P. I, lib I, cap. IV.

(2) Dice sin embargo que Gándara vació en su obra, todo cuanto favorecía su tesis, bueno y malo, verdadero y falso. L. c. pág. 11.

plantes históricos al criterio dominante en su tiempo, «a las fuentes tenidas por verídicas o aceptables por historiadores, como Mariana y Flórez, sabios que aprovecharon todo cuanto pudieron hallar a mano, verdadero y dudoso, por no decir falso.» (1). Es muy extraño que el Sr. Teijeiro hable con cierto desdén *de las ligerezas del P. Flórez* (2), al cual no hay que atribuir las deficiencias de Gándara, pues no tuvo influencia alguna en los errores del cronista gallego.

El P. Flórez, por el contrario, es la figura más respetable de la historia patria. D. José Godoy Alcántara, autor de la *Historia crítica de los falsos cronicones*, dice que cuando estos andaban muy en boga «el P. Enrique Flórez, religioso agustino, de vastísima erudición, de perspicaz y seguro juicio, no extraño al movimiento sabio de Europa ni a los adelantos de la crítica, emprendía el trabajo más notable de la España literaria del siglo XVIII. Para apreciar debidamente el mérito de su obra hay que considerar nuestra historia eclesiástica, no desbrozada y ordenada como hoy la contemplamos subidos en los hombros de este gigante, sino sumida en el caos de donde él la sacó. Flórez creía, como muchos en su tiempo, que la historia eclesiástica puede escribirse como la civil o política, esto es, pidiendo a cada institución su origen, a cada pretensión su título, a cada hecho su comprobante. (3)». Entre Flórez y Gándara media un abismo.

No negaré yo que los voluminosos infolios del cronista de Galicia contienen noticias muy estimables que no proceden de los falsos cronicones, sin embargo, deben leerse con mucha cautela, y no es prudente recomendarlos a

(1) L. c. págs. 7-8.

(2) L. c. pág. 21.

(3) Pág. 313.

principiantes, pues se exponen a infinitos errores históricos, adquiriendo funestos resabios difíciles de perder.

Gándara y Huerta

Huerta escribió los *Anales del Reyno de Galicia* después que Gándara sus *Palmas y triunfos eclesiásticos*. Probablemente el primero alude a la obra del ilustre Agustino en este párrafo que pone en el prólogo al lector: «Un erudito—dice—hubo en el siglo pasado que quiso emprehender la historia de Galicia; pero la manchó tanto con las fabulosas noticias de estas fuentes (los falsos cronicones) que a querer aplicarle la debida esponja quedaría blanco casi todo el afán de sus prensas.» La autoridad de Gándara pesaba poco en el concepto de Huerta, como se advierte por las pocas veces que lo cita, y éstas para combatirlo, por ejemplo, en la cuestión referente a las crónicas atribuidas a Idacio (1), echándole en cara que se dejó llevar «de los sueños de los pseudos Dextro y Juliano.» (2).

Cierto es que Gándara apenas acierta a dar un paso sin tomar por guía a los falsos cronicones, los cuales comenta y expone con ingeniosos discursos, procurando corroborar sus noticias con testimonios de otros historiadores amigos de fabulosas invenciones; pero en lo que se refiere a los discursos históricos no es menos parco nuestro Huerta, que con ingeniosa sagacidad se esfuerza en presentar como hechos indiscutibles teorías más o menos probables y a veces seguramente fantásticas.

(1) HUERTA, *Anales*, t. I. lib. IV, cap. V.—GÁNDARA, *Triunfos*, P. I, lib. V, cap. IX.

(2) HUERTA, *ib.* lib. II, cap. VII.

Pondré un solo ejemplo de los muchos que pudiera aducir. Al tratar de San Paulino que vivió durante algunos años en Cataluña, se empeña en demostrar, contra otros historiadores, que estuvo retirado, no en las montañas de Prades, sino en las de Galicia, del obispado de Orense. Esta especie que para Huerta no podía ser más que probable, ni parece que él la concibiese en otra forma, a renglón seguido nos la presenta como una verdad indiscutible, y sin sombra de duda nos dice que «no descansaba en este tiempo San Paulino con su mujer Therasia retirados a el monte Medulio de Galicia, pues viendo el estado infeliz en que se hallaba la fe en esta provincia procuró por todos medios reducir los obispos Priscilianistas de ella, esperando que a su ejemplo se reformarian los demás...» Asegura que el Santo tuvo numerosos discípulos en Galicia a quienes llevó al desierto «y allí empezaron a fundar en España los primeros el estado religioso reformado, gloria especial de Galicia haber sido en su terreno el plantel primero de la reforma...» Continúa ocupándose largamente de Postumiano y de otros discípulos de San Paulino, teniendo materia abundante para largas páginas. (1).

Estos empalagosos discursos de Huerta y de Gándara, si se acotan fielmente los testimonios en que estriban, quedan reducidos a nada; no resisten el más ligero empuje de una crítica severa e imparcial; sin embargo, han fascinado a muchos autores, engendrando errores que ahora nos cuesta mucho desvanecer. Un hombre de mediana inteligencia, no acostumbrado a discurrir por sí mismo, y que da crédito a todo cuanto lee (achaque por desgracia de que adolecen muchos) al reco-

(1) HUERTA, *Anales*, t. I. lib. III, cap. VII, VIII, IX, X y XI.

rrer las páginas de nuestros antiguos historiadores, es imposible que no se entusiasme, a vista de tanta grandeza, heroísmo, virtud y ciencia que ofrecen los hijos de Galicia en los primeros siglos de la Iglesia Católica.

Fantasías del P. Seguin

Ahora me explico yo como de la pluma del Padre Pascasio de Seguin, de la Compañía de Jesús, saliera su famosa obra: *Galicia Reyno de Christo Sacramentado*. Ella es una suma total de cuantos elogios y grandezas referentes a Galicia pudo encontrar en los infolios de Gándara y de Huerta. Seguin además, no se contentó con repetir en estilo oratorio los conceptos emitidos por estos historiadores, pues añade nuevas invenciones y errores que no adorna con ese ropaje de erudición con que suelen hacerlo Gándara y Huerta. Seguin, como él mismo nos dice en el prólogo de su primer tomo de la edición de México, destinó su obra a encomiar las cosas de Santiago y de Galicia «concebidas en idea panegyrica, proseguidas por una casualidad sin la debido preparación, con el fin de alentar a los gallegos a promover el culto del Apóstol y Patrón de España y singularísimo de Galicia.

«Ya se dexa ver que el modo de proponerlas y tratarlas avía de ser en aquel género de elocuencia que llaman demostrativo o por decirlo mejor laudatorio... No seguimos preceptos históricos porque no es de nuestro assumpto, ni el estilo, ni la forma y orden de la Historia...» Esta confesión del autor nos impide tratarle con toda la severidad de la crítica, como si nos dijese que había escrito en serio. El Padre Seguin, pues, es un exagerado panegirista de Galicia, pero su obra honra poco a la región, y en mi humilde concepto, fuera mejor no haberla editado por segunda vez.

Seguin además, en calidad de orador creo yo que dejaría tamañico al mismo Fr. Gerundio de Campazas.

Léase, por ejemplo, como explica el escudo y armas de Galicia que sostienen dos Serafines, mirando al Santísimo Sacramento. Oigamos al entusiasta Jesuita: «Dice, pues, el Seraphin de la siniestra hablando al Sacramento con las palabras del propheta David; según la versión arábigo: *Secundum nomem tuum, Deus, erit glorificatio tua in finibus terrae.* Ya se sabe que Finibusterre es terreno de Galicia... y por tanto viene a decir: *Como es tu nombre, mi Dios, será tu gloria en Galicia.....* Habla en tono de amenaza el Seraphin que tiene el lado derecho, y dice con el mismo propheta David: *Scient quia Deus dominabitur Jacob et finium terrae.* Es lo mismo que decir: *Sabrán que Dios reynará en Santiago y Finisterre.»* (1). Seguin, pues, si como historiador es detestable, como exégeta es inferior a Fr. Gerundio de Campazas. Su obra, aunque contenga algo que pueda utilizarse, no debe ser leída sino por entendimientos privilegiados que saben buscar la verdad aun en medio de los errores más sutiles.

Castellá Ferrer y los cronicones

Gándara y Huerta citan algunas veces a Castellá y Ferrer, que escribió la *Historia del Apóstol Santiago*, en la cual rinde también tributo de admiración al cronicón de Flavio Dextro. En el prólogo pondera con desmedidos elogios al P. Román de la Higuera, y refiere el hallazgo del mencionado cronicón que en tanta estima era tenido por el arzobispo de Braga, D. Fr. Agustín de Jesús.

(1) HUERTA, *Anales*. t. I. lib. III, cap. VII, VIII, IV, X y XI.

Y luego añade: «Verdaderamente es cosa notable esta historia y me causa admiración la conformidad que hallo en ella con las memorias, tradiciones, rezo, reliquias, escritores y autores que he hallado, según notarán los curiosos. Advierto que en la margen del traslado desta historia que he visto, ay cuenta de años en guarismo, que en algunas partes me parece errada: sería ocasion acaso no aver entendido bien los que las trasladaron las cifras góticas con cuyos caracteres me dizen está escrito el exemplar de la biblioteca Fuldense.» Castellá alude a otra historia atribuida a Dextro, que reconoce como apócrifa, y parece ignorar que también esta fué inventada por Higuera, pues a saberlo, no hiciera tantos elogios de este atrevido falsario.

El historiador del Apóstol Santiago, sin embargo, recurrió también a otras fuentes más puras que los falsos cronicones, siendo una de ellas la historia de Sebastián, obispo de Salamanca, la cual dice que halló «muy diferente de como la refieren y citan algunos autores en un antiguo libro manuscrito de letra gótica en la Santa Iglesia de Oviedo, adonde avía otras de los obispos Itacio, Juliano, San Isidoro, San Piro y Pelagio.» Asegúranos además que registró varios archivos de las iglesias y monasterios de España, y respecto a la copia de documentos dice: «Todas las de que trata, he visto y sacado sin fiarme de tercero, si no son las que a veces declaro no aver visto, y he hallado muchas veces en los exemplares muy diferentes de como las refieren otros autores. Es testigo el Apóstol que no se refiere en ella alguna diferente de como se halla en sus originales; como echarán de ver los que por ellos las examinare, van con el mismo latín que tienen (sin aver usado alguna enmienda) que es el de muchas tan bárbaro como parece (1).»

(1) *Historia*, ed. s. l. n. a., fol. 61 V.º

Laméntase Castellá de la ruina que han padecido las escrituras de nuestra España, y dice que «saldrán cada día más a luz que por falta de diligencia estaban ocultas.»

Castellá Ferrer tiene cosas buenas, y ha dado a conocer documentos interesantes. Su criterio es aceptable en muchas ocasiones, siendo de lamentar que haya rendido pleitesía al cronicón de Dextro y a los libros plúmbeos descubiertos en el Sacro Monte de Granada (1). Gándara censura (2) algunas veces a Castellá; por ejemplo, en la fecha del privilegio de D. Alonso el Casto, por el que concede tres millas de tierra en torno del sepulcro del Apóstol Santiago. La crítica moderna ha demostrado en recientes estudios que Castellá estaba en lo cierto, así que cae por tierra la empalagosa disertación del cronista de Galicia. Castellá merece más respeto y consideración que sus sucesores Gándara y Huerta.

Calderón y Pardo Villarroel

Casi al mismo tiempo que Gándara escribía su *Cisne Occidental*, publicábanse en Madrid *Las excelencias del glorioso Apóstol Santiago*, escritas por el Ilmo. Dr. D. Antonio Calderón, electo Arzobispo de Granada y por el P. Jeró-

(1) *Historia*, fol. 174 sigs.—El P. Sarmiento en las *Memorias para la historia de la poesía*, Madrid, 1775, número 235, alude a las famosas láminas de Granada que fueron condenadas en el año 1682. En tiempo de Adrete no se podía hablar en contra de la autenticidad de dichas láminas, así que para verse libre de una objeción que se le presentaba contra sus opiniones acerca de los orígenes de la Lengua castellana con una de dichas láminas escrita en este idioma, para salir del paso dijo que el castellano se había escrito en profecía y no significa que en el siglo I del cristianismo se hablase. Sarmiento, l. c., número 232-6.

(2) *Palmas y triunfos*, P. II, lib. IX, cap. IX y X.

nimo Pardo Villarroel. En esta obra se dan amplias noticias sobre la predicación del Evangelio en España por el Apóstol Santiago, siendo las fuentes principales de donde provienen el cronicón de Flavio Dextro, el poeta Aulo Halo (1), el Arcipreste de Santa Justa y otros falsarios que, en opinión de dichos historiadores, son dignos de toda fe. El trabajo del Ilmo. Calderón y del P. Pardo, en mi humilde concepto, es más detestable aún que las obras de Gándara y de Huerta: apenas hay cosa en él que pueda aprovecharse, si se exceptúan tres o cuatro documentos tomados del archivo de la Catedral compostelana, y que se encuentran en casi todas las obras que tratan algo extensamente lo referente a la predicación y culto del Apóstol Santiago.

El P. Pardo en lo que se refiere al *Origen de los linajes del Reyno de Galicia* acude con frecuencia al famoso cronicón de D. Servando.

(1) *Avll Hall | Poëtae Burdigalensis | Civ'sque Tole-
tani.—De adventu in Hispanias S. Jacobi Zebedaei filij,
cognomento | Majoris, Apostoli, & Vnicae Hispaniarum
Tutelae, | Carmen Heroicum | Ex M. S. Gothico Codice
erutum, correctum, & notis brevibus | illustratum. | A. L.
Joanne Tamayo Salazar | Presbytero J. C. Hipensi ex
Baeturia Turdulorum, & Secretario | Illustr. ac Reveren-
dissimi Domini Episcopi Placentini, & Fidei | in Hisp.
Regn. Supremi Mystarchi, | Cuius auspicijs nunc pri-
mum prodit, cuius obsequijs praeit, & sub | culus protec-
tione humili destinatione quiescit. | Grab.º del Apóstol
con sus discípulos) Matrili | Ex officina Didaci Diaz de
la Carrera Typographi. | Anno M. DC. XLVIII.*

En 4.º—8 hjs. prels.—Anteport. v. en bl.—Port.—Ded. al Obispo de Plasencia por Tamayo Salazar.—*Ad lectorem*, donde pone un facsimile del códice con una breve historia del mismo.—Licencia del Ordinario de Toledo para la impresión, sometiendo el cod. a la censura de Pellicer y de Lafarina.—Censura del Abad Lafarina: «Mantuae Carpentum. nonis april. 1648».—Censura de Pellicer:—Id. de D. José Antonio González de Salas.—«Summa Privilegii Regii».—Errata.—Tasa.—Texto pp. 106+6 hjs. de índice y colofón.

P. Santa María

Empapado en la lectura de los falsos cronicones, compuso el P. Fr. Pedro de Santa María, de la Orden de Predicadores, en el siglo XVII, un *Compendio historial de Galicia*, que, a principios del siglo XIX, anotó D. Manuel Antonio de Verín Pérez Seixas, párroco de San Martín de Tiobre (Betanzos), y fué publicado en Santiago el año 1886, en el folletín de *El Libredón*. El P. Santa María, lo mismo que el P. Seguin, llevó las cosas de Galicia a un grado de exageración casi inconcebible. He aquí un párrafo de muestra: «Ninguna provincia, ni reino de España, y aun fuera de ella, hace ventaja a Galicia en santos naturales (excepto Roma), ni en hombres insignes en armas y letras (fuera de los doctores de la Iglesia) y cosas memorables... (1)». Tanta celebridad estuvo en el olvido hasta los tiempos del ilustre Dominico, como él nos dice «por la flojedad de los antiguos gallegos y haber faltado muchos años con la pérdida de España la antigua historia del docto Flavio Dextro español, natural de Cataluña, contemporáneo de San Gerónimo, que le llama nobilísimo y poderoso, y también contemporáneo o discípulo de San Agustín, hasta el tiempo del Emperador Carlos V, que la halló en Alemania y la hizo volver a España, que dió mucha luz a los autores modernos (2).» Ya se ve bien en qué fuentes bebía el historiador gallego. El anotador del P. Santa María comulga con todas las patrañas de los falsos cronicones, y se extraña de que tuviesen contradictores. He aquí como se expresa: «Huerta dice que Dextro no es autor fidedigno; pues le llama *pseu-*

(1) Tomo I, pág. 62-3.

(2) Ib. pág. 63.

do, ni usa de él para cosa alguna; pero, como va dicho, si lo trajo consigo Carlos V desde Alemania, en donde halló el Cronicón, a España, ¿por qué se ha de despreciar así? (1)» Esto nos basta para juzgar al P. Santa María y a su anotador.

El P. Santa María escribió su *Compendio* antes que Gándara sus *Palmas y triunfos*, pues aquél terminó la obra en el año de 1660. Sin embargo, encontramos citado en ella repetidas veces al P. Gándara, lo cual se debe atribuir a otro religioso, que corrigió y adicionó a su antojo el manuscrito copiado y anotado por el Párroco de Tiobre. Es esta una obra que honra poco a Galicia, y creo yo que con su publicación nada ha ganado la historia regional.

Sin embargo, el P. Santa María, su anotador Verín y principalmente el P. Gándara, han influido mucho en algunos historiadores modernos que al ocuparse de la propagación de la religión cristiana en Galicia por el Apóstol Santiago dicen que éste estuvo en la ciudad de Betanzos con su discípulo Natanael; que ordenó en ella a San Teodoro, después de haber edificado un templo que dedicó al Salvador. Dichos historiadores admiten sin sombra de duda el privilegio del rey Chindasvinto, rechazado como apócrifo por Huerta (2) y seguramente inventado, como otros muchos, por los falsarios del siglo XVII. No deja de llamar la atención que en pleno siglo XIX se sigan divulgando algunas patrañas de nuestro Gándara, sin apoyar sus asertos con otras autoridades y testimonios más fehacientes.

(1) Tomo I, pág. 74.

(2) *Anales*, t. I, lib. II, cap. III; t. II, lib. V, cap. XII.— GÁNDARA, *Palmas y triunfos*, P. I. lib. III, cap. XII inserta un fragmento de dicho privilegio, sin dudar de su autenticidad.— Véase MARTÍNEZ SANTISO, *Historia de Betanzos*, t. I, págs. 87-92.

No creáis, sin embargo, que en asuntos de historia eclesiástica, Gándara, en mi concepto, esté tan plagado de errores que no contenga algunas verdades. El cronista de Galicia y también el cronicón de Dextro, nos ofrecen noticias que la crítica moderna admite, no porque provengan de tales fuentes, sino por tener en su favor otras de más respetable autoridad.

El Ilmo. Muñoz

Sobre este punto es muy laudable el criterio del Ilmo. D. Fr. Juan Muñoz de la Cueva, que, a mediados del siglo XVIII, escribió las *Memorias históricas de la Santa Iglesia de Orense*. Al hacerse cargo de los reparos que la crítica puede presentar a los hechos referentes a la Virgen y Mártir Santa Eufemia, escribe: «He visto algo de lo mucho que se desacreditan en nuestros días las Historias y Chronicones de Flavio Dextro, Julián Pérez, Marco Máximo y otros que salieron a luz al principio del siglo pasado, aunque tienen comentarios eruditos y doctos Apologéticos. Reconozco que es arriesgado empeño y exorbitante assumpto mantener su autoridad para lo que pretendo escribir; no tomo la pluma con ánimo contencioso, sino con fiel deseo de mover en verdad la devoción, con los ejemplos más ciertos y verídicos que yo pueda alcanzar...» «Si algo escribiere yo que esté en la obra de Dextro, será por hallarlo en papeles o autores más antiguos o por fundarse en la más pura y limpia tradición coadyuvada de los lugares y monumentos que he visto y registrado con mis ojos. También desecharé algunas relaciones que introducidas en papeles de más de seiscientos y alguno de mil años, trasladadas y impressas más ha de dos siglos en los Breviarios de Orense y de Tuy, son del

todo inverosímiles...» «Nada pienso escribir que no halle escrito con fundamento, antes si de varios escritos dejaré mucho, por amor de la verdad...» (1). Este criterio honra en gran manera al Ilmo. D. Fr. Juan Muñoz de la Cueva, que a pesar de todo, dió algunos tropiezos históricos, por haberse dejado guiar de Gándara y otros autores menos avisados. El sabio Obispo de Orense sabe mantenerse dentro de una prudente reserva cuando trata de sucesos que no pueden presentarse con todas las pruebas que exige la crítica. Al ocuparse del primer Obispo de Orense consagrado por San Pedro de Ratés, discípulo del Apóstol Santiago, se expresa en esta forma: «No he dejado de ver algunas dificultades que la moderna crítica opone o podrá oponer a la realidad de estas Historias; pero no hallando fundamentos claros y convincentes que desvanezcan del todo la credulidad pía y que está en pacífica posesión, no sólo me parece que debo conformarme con ella y dejarla correr, sino que lo contrario sirve o puede servir a trabucar los juicios y inocentes creencias de los fieles con grave perjuicio de la christiana piedad (2).»

Pallares y los cronicones

Muñoz de la Cueva, a pesar de sus defectos, entendía la historia mejor que muchos de sus contemporáneos. Algunos años antes que él escribiese las *Memorias históricas de la Santa Iglesia de Orense*, había publicado su *Argos Divina* el Dr. D. Juan Pallares Gayoso, que no logró sustraerse a la influencia de los falsos cronicones. El eminente polígrafo D. Antolín López Peláez, siendo Provisor de Burgos, pu-

(1) Págs. 98-9.

(2) Pág. 24.

blicó un juicio crítico acerca de la obra de Pallares, en que expone las virtudes y defectos que contiene. El Sr. López Peláez pretende disculpar al autor del *Argos Divina*, pues como acertadamente dice: «No se puede menos de respirar la atmósfera en que se vive...» (1).

Pallares se declaró ferviente devoto de las crónicas inventadas por Román de la Higuera, que sedujeron a muchos ingenios y pusieron en descrédito nuestra historia, de tal suerte que algunos críticos extranjeros llegaron a dudar hasta de nuestras más legítimas glorias, atreviéndose uno de ellos a decir que la *historia eclesiástica de España era un establo de bueyes* (2). La expresión es demasiado burda y humillante, pero aunque nuestro amor propio se resienta, preciso es confesar que los inventores y apologistas tan numerosos que los falsos cronicones han tenido en España, han dado ocasión para que así se nos trate. Ciertamente es también que hubo historiadores que no perecieron en aquel casi universal naufragio, y que con sus escritos honraron en gran manera a la patria.

Feijóo

Tampoco faltaron en Galicia ingenios privilegiados que no se dejaron arrastrar por la corriente de los falsos cronicones, y entendieron la historia como la entiende la crítica de nuestros días. Ahí está nuestro gran Feijóo que en su discurso *sobre la Historia* da reglas muy provechosas para escribirla; y con respecto a las crónicas de Flavio Dextro, Marco Máximo, Auberto y otros falsarios españoles se atrevió a decir: «Estas historias supuestas

(1) LÓPEZ PELÁEZ, *El Argos Divina*. Lugo, 1902, p. 24.

(2) LÓPEZ PELÁEZ, l. c. pág. 27.

fueron fuentes de innumerables errores, porque antes de descubrirse la impostura, trasladaron sus noticias muchos autores por otra parte veraces, y después se citan estos como tales, sin advertir que bebieron de aquellas viciadas fuentes. Este género de escritos son como los doblones que dicen que da el demonio, que lo que al principio parecía oro, después se halla carbón» (1).

El Cura de Fruíme

El célebre Cura de Fruíme, D. Diego Antonio Zernadas y Castro, en su disertación *El no lo entiendo*, sobre algunas opiniones del P. Flórez con respecto al antiguo obispado de Celenes, tratando de la peregrinación de Santa Isabel, reina de Portugal, a los santuarios de Compostela y Padrón, alude a los falsos cronicones con estas frases: «Estos vestigios que vió, veneró y honró la Reyna Santa Isabel, no los ideó la fantasía de aquellos escritores que la crítica moderna (no sé si con vara recta y justa, a lo menos en lo absoluto de la sentencia) condena a perpetua mordaza, excluyéndolos de dar fe o ser admitidos en juicio y fuera de él por testigos, porque en tiempo de Santa Isabel no había todavía la mina de la Biblioteca o Archivo de Fulda: aún no se había inventado la imprenta, por lo que aún no salieran a luz de molde los fatídicos Pseudo Chronicones» (2). El Cura de Fruíme no cayó en el lazo de estos cronicones que miraba con el mayor desprecio, como lo indican algunas expresiones acerca de ellos. Al mencionar un catálogo de los obispos de Iria nos dice que «su autor mostró ser bastante

(1) *Teatro crítico*, t. IV, Disc. 7.º n. 44.

(2) *El no lo entiendo de EL CURA DE FRUÍME*. Santiago. 1769, pág. 20.

cuidadoso de la verdad y estudiosamente cauto en no dexarse llevar de el turbio y cenagoso torrente de los Pseudo Chronicones» (1).

El Catálogo a que alude el Cura de Fruime en las palabras que preceden, no merece «las risas y los silvos de los críticos pulcros y resabidos que con su corva y acerada segur chapodaran este árbol chronológico, reputándolo por algún retoño de *Higuera* o por ingerto de otros de ese palo» (2). Todo esto nos pone bien de manifiesto el concepto que nuestro Cura de Fruime tenía formado del P. Román de la Higuera y de los cronicones por él inventados; sin embargo, no estaba muy conforme con el proceder de algunos críticos de sus días que rechazan y admiten solo lo que les conviene para sus intentos. Entre estos críticos incluía el ilustre Cura de Fruime al P. Flórez, a quien combate rudamente, no obstante reconocer en él erudición vastísima, comprensión estupenda, penetración profunda, investigación solícita y discernimiento perspicaz (3). Aunque el célebre escritor gallego no se deja prender en las redes de los falsos cronicones, no estaba conforme con el proceder de muchos críticos de su tiempo, excesivamente racionalistas, a quienes censura, quizá con demasiado rigor.

Los cronicones en el siglo XIX

Era de esperar que después de todo esto, nadie se acordase ya del cronicón de Dextro, mas por desgracia, no sucedió así. En el año de 1846 se imprimió en Santiago una obra con el título siguiente: *Recuerdos saludables a la España Católica sobre su apóstol tutelar, Pa-*

(1) Id. id. pág. 33.

(2) Id. id. pág. 34.

(3) Id. id. pág. 4.

dre y Patrón Santiago el Mayor, en la cual, aunque no se citan expresamente los falsos cronicones, se dan como ciertas muchas noticias que de ellos proceden. En la misma ciudad se publicó en 1858 el *Compendio de la vida, martirio, traslación e invención del glorioso cuerpo de Santiago*, en cuyas páginas aparece flamante, como una autoridad de primer orden, Flavio Dextro, en quien se apoya el autor para decir que nuestro apóstol predicó en Sevilla, en Palencia y en Juliobriga, ciudad de la antigua Cantabria, y que ordenó obispo de Orense a Arcadio y a Capitón, de Lugo.

A todos estos extremos han sido arrastrados algunos de nuestros escritores modernos guiados por los cronistas del siglo XVII y XVIII que con rarísimas excepciones se sometieron bajo la ominosa y degradante autoridad de los falsos cronicones, cuyas desastrosas consecuencias tenemos hoy que lamentar amargamente. ¡Y ojalá que se hubiesen concretado a trasmitirnos con toda fidelidad sus perniciosas fábulas!, pero no fué así, pues con su palabrería y gratuitas suposiciones han aumentado de tal suerte las cosas, que ni el mismo Román de la Higuera creyera que su engendro llegaría a ser tan fecundo en sucesos históricos. Esta condición de hinchar los relatos ha causado graves daños a la verdad y la encontramos aun en historiadores que teniendo por apócrifa la omnimoda historia de Flavio Dextro, los cronicones de Máximo, Eutrando y Julián Pérez, escribieron difusamente, enredando los hechos que refieren con razonamientos prolijos e inútiles, de suerte que se les puede aplicar lo que el gran Feijóo decía de Escipión Mercurio: Es «de prosa sempiterna, repetidor perdurable, sumamente prolijo, que gasta veinte hojas en lo que se podría comprender muy bien en veinte líneas» (1).

(1) FEIJÓO *Cartas eruditas*, t. I, carta XXXIV, n. 15.

La ampulosidad

Algunos historiadores no se contentan con obras de pequeño volumen, y para conseguir agrandarlas, se dejan llevar por los vientos de la imaginación, acumulando en torno de un hecho cierto muchas especies fantásticas que desfiguran aquel en gran manera hasta hacerlo perder su verdadero carácter. El historiador moderno debe huir mucho del estilo ampuloso e hinchado, a fin de no resultar un falsario inconsciente. La verdad es lo que es, y debe exponerse de tal suerte que llegue a concebirse sin alguna añadidura o mudanza.

El historiador ha de procurar dar a cada cosa y cada hecho su justo valor. Si acerca de un suceso o de una época determinada no tenemos sino algunos muy contados documentos, preciso es atenerse fielmente a ellos, sin lanzarse por rumbos imaginarios. ¿A qué viene escribir obras voluminosas sobre el reinado de los Suevos en Galicia, cuando lo que de ellos se sabe, puede encerrarse en pocas páginas? Fonck y Bernheim, críticos alemanes eminentes, al tratar del estilo con que debe escribirse la historia, dicen que han de buscarse las palabras más significativas y concretas, poniendo cuidado en su justa distribución y en la construcción exacta de las frases y períodos, y más que nada, observando en todas las cosas una sencillez espontánea. Acumular frases accesorias, emplear sustantivos abstractos, engendra con muchísima frecuencia oscuridades y enredos. En un trabajo científico debe tenerse mucho cuidado de evitar el estilo florido y fastuoso.

En este escollo, tanto como nuestros historiadores antiguos, han tropezado algunos de los modernos, pero unos y otros han causado gravísimos daños a la verdad.

Hay que reconocer los propios defectos

Es conveniente conocer nuestros propios defectos para corregirlos. Al venir a este lugar yo no quisiera decir sino cosas en honor de Galicia a la que amo con toda mi alma, pero al revelar los desaciertos de nuestros antiguos historiadores, no me mueve pasión alguna, que encierre menos cariño a las glorias inmaculadas de esta región, antes por el contrario, todo cuanto he dicho y diré sobre los falsos cronicones y sobre sus panegiristas y seguidores, está inspirado en el deseo de que en Galicia se estudie su gloriosa historia con un criterio sereno e imparcial que la haga respetable en el orbe científico.

Cronicón de D. Servando

Los antiguos historiadores de Galicia no se han contentado con rendir homenaje a los falsarios de la escuela de Román de la Higuera, pues han tenido además la mala ocurrencia de inventar un célebre cronicón que ha causado tanto daño a nuestra historia como los de Flavio Dextro y de Máximo.

Ahi tenemos la *Historia de D. Servando, Obispo de Orense*, traducida en lengua gallega y adicionada por D. Pedro Seguin, Obispo también de Orense. «No era el objeto principal de esta ficción, escribe el Sr. Godoy Alcántara (1), atestiguar sobre santos, rellenar episcopologios, ni anticuar orígenes de ciudades, aunque de todo tiene, sino otro más inmediatamente encaminado a la utilidad y provecho del que la exhibía, cual fué el de crearse una autoridad para remontar las estirpes de las familias a donde bien le pareciese.»

(1) *Historia crítica de los falsos cronicones*, pág. 284.

El inventor de la Historia de D. Servando fué D. Pedro Fernández de Boan, quien la puso en manos de Pellicer que la interpoló a su gusto y conveniencia, logrando darla cierta popularidad, de suerte que fué utilizada por Gil González Dávila, Tamayo de Salazar y otros historiadores de la misma pasta.

Gándara siguió en algunos puntos a la crónica de D. Servando, y aunque no niega en absoluto su autenticidad, dice que «neciamente se adulteró, añadiendo en ella cosas muy excusadas y patrañas mal formadas» (1). Muñoz de la Cueva nos asegura que había en Galicia varias copias del cronicón, una de las cuales se conservaba en la librería del convento de San Francisco de Orense. «La vanidad—dice—de algunos patricios, ha introducido en ella los ramos o los enredos de sus genealogías.» (2). A pesar de esto, el ilustrísimo Prelado acató el falso cronicón, valiéndose con frecuencia de sus noticias, y aun llega a decir una vez que «el Sr. Seguin habló con inspiración divina» (3). Huerta, al ocuparse de la famosa historia de D. Servando, dice que «no ay mediano erudito que no conozca que la obra de D. Servando o es interpolada o supuesta con nombre tan venerable, assí como la continuación y notas de D. Pedro Seguin: acción que executó un caballero gallego que pensó ilustrar assí la nación; sin advertir que con tantas fábulas la desacredita en mayor grado, y havia de ser conocido su arrojio de los eruditos...» (4). Los inventores del cronicón, según nuestro analista Huerta, fueron los caballeros Boanes, pensando que con él ilustraban a Galicia «como si el engaño y la fábula pudieran servir de esplendor» (5).

(1) *Palmas y triunfos*, P. I, lib. II, cap. II.

(2) *Memorias históricas*, pág. 235.

(3) *Id.* pág. 130.

(4) *Anales*, t. I, pág. 11.

(5) *Anales*, t. I, pág. 166.

Después de todo esto, después de lo que nos dejó escrito el Sr. Godoy Alcántara acerca del cronicón de D. Servando, después de decirnos el Sr. Fernández Alonso que D. Servando, Obispo de Orense, no existió «y que la historia que se conoce con su nombre es falsificada» (1), llama nuestra atención que algunos historiadores modernos de Galicia la citen con tantos elogios. Uno de estos transcribe un largo párrafo acerca de la batalla de Guadalete, y sin abrigar la menor duda sobre la autoridad de la crónica de D. Servando dice que el texto es uno de los más exactos y auténticos» que acerca de la batalla se conocen (2). Así no se escribe la historia. ¿Y qué decir de los que recurren al falso cronicón para demostrar con él los remotos orígenes del idioma gallego?

D. Augusto G. Besada en su *Historia crítica de la literatura gallega*, cree en el cronicón de D. Servando, traducido al idioma gallego por D. Pedro Seguí en el siglo XII. Seguí además de esta traducción, dicese que escribió en dialecto gallego *La invención del cuerpo de la virgen y mártir Santa Euphemia*. «Los originales de estas obras—escribe el Sr. Besada—no los he visto, y sospecho, no sin fundamento, que o no existen o si existen, están olvidados en algún archivo o monasterio. Conste sin embargo, pues a mi objeto importa, que a mediados del siglo XII, se escribía en dialecto gallego, y se escribían obras en prosa, lo cual denota, desde luego, un adelanto relativo en la lengua, y por de pronto su aptitud para ser expresión de los sentimientos» (3).

(1) *Crónica de los obispos de Orense*, pág. 234.

(2) MARTÍNEZ SANTISO, *Historia de la ciudad de Betanzos*, pág. 160-1.

(3) Véase *Historia de la literatura gallega*, Biblioteca Gallega, t. I, vol. II, págs. 73, sigs.

El Sr. Besada al reconocer la autenticidad del cronicón de D. Servando, no se deja llevar por el cariño exagerado a su región, sino que sus afirmaciones provienen de ignorar que sea producto de un atrevido falsario, y de haber encontrado esta especie en los historiadores que menciona. El ilustre político incurrió en algunos errores acerca de la historia literaria de Galicia, por no haberse documentado suficientemente, pero su amor a la verdad, su deseo de no oscurecer las glorias de su patria con fabulosas patrañas nos lo expresa bien en el último capítulo de su obra, que comienza con estas palabras de Cicerón: «No os ciegue tanto el cariño a la patria, que lleguéis a deshonrarla con fábulas, pudiendo ensalzarla con historias.» (1).

El pecado del Sr. Besada es de ignorancia, no de malicia. Tampoco encuentro yo malicia en la mayor parte de los historiadores que se dejaron guiar por los falsos cronicones, pero el que escribe para el público, sobre todo historias, es preciso que estudie antes mucho, a fin de darnos la pura verdad, y para no ser causa de muchos yerros. Revelar el error es un acto de amor a las glorias regionales.

Huerta patrocinador de cronicones

Además de los Boanes de Orense, aparece en la larga serie de falsificadores de crónicas otro célebre historiador, que aunque no sea gallego, consagró sus desvelos a la historia de Galicia. Es este el insigne analista D. Francisco Javier Manuel de la Huerta y Vega, admirador de Pellicer «de quien rebuscaba y devoraba hasta los menores apuntes» (2), y ha-

(1) Véase *Historia* cit. t. I, vol. I, págs. 157 sigs.

(2) GODOY ALCÁNTARA, I. c. pág. 305.

biendo caído en sus manos la crónica de Pedro Cesaraugustano que Pellicer había inventado, suponiéndola copiada de un antiguo códice que poseía Ramírez de Prado, satisfecho con el hallazgo, comenzó a escribir una historia con el título de *España primitiva*, de la cual sólo se publicaron dos tomos, porque el Consejo mandó secuestrar la edición. Huerta hizo en todo esto un papel ridículo: su obra fué saludada con dura y burlesca crítica, informando en contra de ella Mayáns y el Padre Sarmiento.

En la *España primitiva* de Huerta se da entrada libre a toda la mitología gentilica. «Casi todos cuantos como dioses veneró la idolatría del mundo antiguo—dice el autor—fueron, destexido el velo de sus mythicas narraciones, Monarchas españoles que ocuparon el trono de las Españas, o hijos y nietos suyos que fundaron con sus líneas nuevas monarquías.» (1). Este criterio del célebre cronista de Galicia contrasta grandemente con sus burlas y desprecios del cronicón de Dextro. ¡Quién iba a creer que él vendría a engrosar las filas de los falsarios!

Huerta fué uno de los últimos que se han dedicado a sembrar errores en el campo de la historia civil y eclesiástica de España. Sus trabajos continúan por desgracia ejerciendo influencia detestable en algunas obras que se publican en nuestros días, en los cuales como si estuviésemos en los tiempos de Román de la Higuera, hemos ofrecido un espectáculo poco honroso para Galicia al sostener con un entusiasmo llevado hasta la exageración, los sueños referentes a la patria de Cristóbal Colón.

(2) GODOY ALCÁNTARA, l. c. pág. 310.

Amor a la patria

El amor a las glorias de la región es muy natural y muy laudable, pero no es el mejor consejero para escribir una verdadera historia, porque dominado el corazón por el entusiasmo, ofusca a veces la razón, siendo esto causa de innumerables embustes. La pasión nacional es hija legítima de la vanidad y de la emulación.

«La vanidad—escribe el P. Feijóo—nos interesa, en que nuestra nación se estime superior a todas; porque a cada individuo toca parte de su aplauso; y la emulación con que miramos a las extrañas, especialmente las vecinas, nos inclina a solicitar su abatimiento. Por uno y otro motivo atribuyen a su nación mil fingidas excelencias aquellos mismos que conocen que son fingidas. Este abuso ha llenado el mundo de mentiras, corrompiendo la fe de casi todas las historias.» (1).

La verdad ante todo

La verdad en la historia debe estar por encima de todo. Para que ella triunfe, serán necesarios en muchas ocasiones esfuerzos supremos; habrá que demoler edificios de hondos fundamentos, borrar tradiciones acariciadas en el seno de muchos pueblos. No faltarán párvulos que se escandalicen al contemplar los enérgicos procedimientos de la crítica, cuando remueve los escombros de las tradiciones religiosas. La Iglesia Católica es hija de Dios, y Dios es la verdad suprema; por eso cuando aquella condena el racionalismo exagerado, no reprueba ni mucho menos, la críti-

(1) *Teatro crítico*, t. III, Disc. 10, n. 17-18.

ca ordenada, por muy severa que ella sea. Sobre el particular puede leerse provechosamente lo que el eminente polígrafo, D. Antolín López Peláez, escribe en su monografía acerca de *El Obispo San Capitón*.

Yerran, pues, los que creen que la Iglesia es opuesta a la crítica moderna. Nuestros dogmas son indiscutibles, porque proceden de Dios, y Dios no puede engañarse ni engañarnos. La historia eclesiástica, por elevada que sea, es historia de la humanidad, que como tal, está expuesta a muchos errores, y nadie nos priva del derecho de corregirlos. En el libro divino de Job se nos dice que Dios no tiene necesidad de nuestras mentiras.



